



ARISTIDES CALVANI Y

lo que él entendía como vocación apostólica.

Pero la Iglesia, "Pueblo de Dios en marcha" (Conc. Vat. II) y no una organización con una forma de vida definitivamente dada, se ha hecho más plural y conflictiva en su búsqueda de fidelidad a Dios en la historia. Para la coherencia vertical de Calvani, la expresión eclesial de la revista SIC era una desviación. Sabemos de su dolor, que lo llevó a retirar su suscripción —hace dos años— que mantenía desde la fundación de la revista en 1938. También sabemos del dolor de muchos otros católicos honestos que no aprueban nuestro trabajo. También para nosotros esto es doloroso. Pero el dolor no nos puede llevar a negociar nuestra fidelidad a Dios, tal como honestamente la entendemos. También nosotros queremos ser —y creemos ser— honestos en nuestras posiciones.

Hemos criticado firmemente a Aristides Calvani, sobre todo en su proyecto y en su acción en Centroamérica (y, al criticarlo, hemos criticado mucho de nuestro propio pasado). Pero no hemos negado su honestidad subjetiva y su buena intención, incluso apostólica y misionera. Tampoco Monseñor Romero negaba las posibles buenas intenciones de los democristianos salvadoreños, asesorados por Calvani; pero desde el dolor desgarrador de su pueblo no podía sino denunciar su proyecto:

"A la democracia cristiana le pido que analice no sólo sus intenciones, que sin duda pueden ser muy buenas, sino los efectos reales que su presencia está ocasionando. Su presencia está encubriendo, sobre todo a nivel internacional, el carácter represivo del actual régimen... Esta es otra grave responsabilidad de la democracia cristiana: que su presencia en el Gobierno, junto a intereses políticos y económicos particulares, estén moviendo a países como Venezuela y Estados Unidos a apoyar una alternativa que dice ser anti-oligárquica, pero que de verdad es antipopular" (Homilía de 17.2.80).

La honestidad y las buenas intenciones —las de Calvani y las nuestras— se muestran, una vez más, insuficientes. Hay mediaciones filosóficas, epistemológicas, ideológicas, científicas, sociales... que condicionan los canales de la honestidad. Y nadie está exento de mediaciones. Tampoco nosotros.

Por eso, la muerte de Calvani —mejor, su vida culminada y entregada en las manos de Dios— nos interpela. Si entendemos que la mediación más determinante de nuestra opción es la situación del hombre concreto —mayoritariamente pobre u oprimido— de nuestra América, queremos asumir nuestro compromiso con la radicalidad —que queremos evangélica— de una apuesta total, pero, a la vez, desde la humildad de saber que ninguna acción humana está garantizada contra los peligros de la ambigüedad. Que el Dios bueno, a quien confiamos la vida del hombre concreto Aristides Calvani, nos ilumine a todos.

Para los redactores de SIC resulta fácil —sin faltar a la verdad— tejer un elogio a Aristides Calvani. También resulta fácil —aunque menos grato— resaltar las diferencias. No son ésas las pretensiones de estas líneas.

Tampoco pretendemos hacer un balance de su actividad pública: eso queda en manos de los analistas correspondientes. Menos aún, un balance de su vida: eso está en manos de Dios, de quien siempre se fió con fe recia.

Sóloamente nos queremos dejar interpelar con honestidad. Con la honestidad que fue el eje indiscutible de su vida y de su actuación pública. Con la honestidad que impone la severa presencia de la muerte.

Aristides Calvani estuvo muy cerca de SIC en las tres primeras décadas de esta revista. Incluso, durante casi once años (enero 1944 a julio 1954) aparece en el equipo de sus colaboradores seculares.

En el proyecto eclesial desde el que nacía SIC, el seglar, formado en las Encíclicas Sociales de los Papas, era el sujeto histórico de la transformación que soñaban para Venezuela. Calvani y Caldera —otro del equipo de colaboradores seculares de SIC— eran los dos hombres prototípicos de este sujeto histórico: Rafael Caldera desde la acción política y Aristides Calvani desde la militancia católica, apartidista.

La Acción Católica fue el lugar natural de su apostolado. Y la formación social y cristiana —con su extraordinaria finura pedagógica y limpio testimonio personal— fue su carisma. Jóvenes de Acción Católica, trabajadores del Círculo Obrero y de los sindicatos de CODESA, parejas del Movimiento Familiar Cristiano, educadores de la AVEC, seminaristas, sacerdotes e, incluso, obispos reunidos en asamblea, lo reconocieron como verdadero maestro.

La invitación del Presidente Caldera para encargarse de las relaciones exteriores de Venezuela fue para él la oportunidad de ampliar su vocación apostólica al servicio de la justicia social internacional.

Incluso su decisión de inscribirse en COPEI después de la derrota de Lorenzo Fernández fue no sólo un gesto noble y generoso ante la depresión del partido sino también la forma de continuar trabajando eficazmente en